

Metamorfosis de una mariposa¹

*¿Qué derecho más sagrado que el de vivir
en el suelo donde se ha nacido?
La sola propiedad incontestable del hombre
debe ser esta, la patria.*

CONDESA DE MERLÍN, *Viaje a La Habana* (1844)

Para Enrico y Nivia

HABÍAN CONCLUIDO YA LAS GRANDES DELIBERACIONES que hicieron del Diálogo de fines de 1978 un momento clave en la historia tortuosa entre ambas Cubas, la de la patria y la del exilio. Mientras Fidel puntualizaba con mano en alto los últimos acuerdos del Diálogo, yo, miembro de esa generación a quienes les habían robado el «derecho sagrado» de vivir en la patria, comencé a sentir una aprehensión muy profunda. ¿A esa lista impersonal de trámites se había reducido el sueño del Diálogo? Puesto que había poco en los acuerdos acerca de lo que nosotros, entonces jóvenes cubanos de la primera generación,

¹ Este ensayo fue escrito originalmente para el número especial del *Michigan Quarterly Review* dedicado a «Bridges to Cuba/Puentes a Cuba» (publicado en Verano-Otoño 1994), en respuesta a la invitación de los editores a colaborar con un ensayo que diera cuenta de la historia de *Areíto* y de la Brigada. Sin embargo, nunca fue publicado en este número ni en esa revista (la última parte del ensayo se añadió después). La explicación que uno de los editores se dignó ofrecer era que se les había agotado el cupo, lo cual me recordó la manera en que a los escritores en Cuba no se les publicaba por la excusa de que se había agotado el papel. Curioso cómo los mecanismos de censura se aplican en uno y otro contexto, y, más peligroso aún, la manera en que el discurso del régimen cubano penetra hasta el interior de Estados Unidos (*the heartland*).

habíamos establecido como prioridad vital: una conexión real con Cuba, con su gente, paisaje, olores y ritmos, culminando con la posibilidad del regreso. Ciegos al peligro señalado por el cuento de Calvert Casey, «El regreso» era ideado por nosotros como deseo de ser plenamente recibidos, aceptados cual hijos e hijas pródigas que habíamos viajado errantes sólo para *llegar*, como nuevos cristianos, al «valiente mundo nuevo» de la revolución. Sentada en uno de los fríos asientos circulares adentro de la imponente sede del Partido, recordé las horas de desvelo pasadas en Cornell en las que un trío de estudiantes cubanos perdidos en la nieve escribíamos una propuesta delirante dirigida a la alta oficialidad en Cuba. Ahí hacíamos firme declaración de convertirnos en revolucionarios relucientes, y afirmábamos nuestro ánimo sincero de entablar puentes con Cuba. En ese documento, inventamos todo tipo de medidas fantásticas como crear sucursales de la Federación de Mujeres en el exilio o ser miembros por-un-día de los Comités de Defensa. Ahora, al concluir el Diálogo, este sueño parecía derrumbarse entre la pila de documentos sellados, notas furtivas tomadas en libreticas ofrecidas por los cari-correctos oficiales de la revolución, e interminables discusiones acerca de los ex-presos. Impelida por un enorme aliento, me atreví a alzar la mano justo antes de que el Comandante pusiera punto final a los acuerdos del Diálogo. A su pregunta, «¿Ha quedado algún otro asunto por resolver?, ¿algún otro asunto que no haya sido apuntado?» respondí con voz temblorosa, pensando que quizás este gesto quedaría grabado en el libro de la Historia: «Comandante, el derecho a la repatriación.» Acto seguido Fidel, con mano serena y semblante serio, anotó este punto en una misteriosa página que nunca salió a relucir en las actas oficiales del Diálogo. Página perdida, como el manuscrito del *Diario* de Colón, entre las aguas turbulentas del mar Caribe.

Desde la orilla de allá, el Diálogo se veía como solución al problema que el gobierno de Castro consideraba de mayor magnitud: la liberación de los ex-presos políticos que constituían un elemento de tensión constante y de oposición latente al régimen. Según la posición oficial, era imposible re-integrar a los ex-presos al paradigma imperante de la sociedad «socialista.» Desde la orilla de acá, la del exilio, el Diálogo representó una cosa diferente para cada uno de los 75 integrantes. Para algunos, brindó una coyuntura política para restituir alguna tragedia familiar como el caso de la gran dama cubana, envuelta en joyas y pulcramente vestida de negro, que viajó a Cuba únicamente para reclamar a su hijo, un famoso preso político, quien inmediatamente fue puesto en libertad por el mismísimo Comandante como prueba de buena fe. Para nosotros, hijos de los denominados *gusanos* que fuimos arrancados de Cuba en la niñez o en la adolescencia durante los tempranos '60, ahora volcados con el idealismo de la época hacia Cuba, el Diálogo significó una posibilidad, hecha ya carne, de entablar una conexión vital con nuestra isla, con el cielo y el sol que alumbró nuestra infancia y que considerábamos irremediablemente perdidos. Era nuestro paraíso, y se imponía la tarea de recuperarlo.

Desde nuestro punto de vista, el Diálogo aparecía como realización a nivel de la praxis política del *potens* histórico ideado por Lezama, lo que implicaba

necesariamente el tender puentes tanto para uno como para otro lado. Pero la intención del estado cubano era mucho más pragmática, ya que con frases altamente retóricas se había promovido la instantánea metamorfosis de los antiguos «gusanos» en respetables «miembros de la comunidad cubana en el exterior» no para consagrarlos de nuevo a la patria, sino para sacarles sus dólares. Mientras tanto, nosotros, los de la «generación herida» —epíteto con que nos consagró un joven poeta de la isla— nos vimos casi inconscientemente involucrados en una metamorfosis muy distinta. Sin saberlo, en el momento de pisar suelo cubano nos habíamos convertido ya en «mariposas,» otro término oficial con que se bautizó en Cuba a los nuevos simpatizantes del régimen. Con esta retórica el estado trató de rematar años de destinos disparejos, de conflictos políticos que sacudían la esencia misma de cualquier noción de patria. Nuestra ingenuidad política respondía, más que nada, a una necesidad vital, a un hueco existencial: cancelar de golpe los largos años de distancia y de exilio y, haciendo eco del arquetípico verso antillano, finalmente regresar a nuestro país natal.

«Mariposas» habíamos sido especialmente aquéllos de nosotros que participamos en el famoso primer contingente de la Brigada Antonio Maceo, que en diciembre de 1977 viajó a Cuba para descubrir la isla, en abierto desafío a las tensiones de la guerra fría. Este viaje resultó mayormente de los esfuerzos de Lourdes Casal, una socióloga de Rutgers que se entregó a la tarea de aglutinar a la juventud cubana dispersa en el exilio en torno a Cuba y a la revolución. En retrospectiva, Lourdes aparece ahora cumpliendo una misión cuasi-evangélica: en todas partes y en cada *college* o universidad a donde iba a hablar, ella predicaba con paciencia de santa a los jóvenes de la generación perdida un nuevo mensaje: el acercamiento a Cuba, el perdón de los años, el sueño del regreso. Aunque en ese entonces me mantuve ciega a las repercusiones tanto de mis acciones individuales como de las del grupo, ahora comprendo que el nivel emotivo de la BAM se sostenía en una plataforma política que aparecía como alternativa a la «línea dura» que seguía siendo creencia fiel de nuestros padres. Me acuerdo de que antes de viajar a Cuba, tuvimos que firmar un documento en el que no sólo reconocíamos los «logros» de la revolución, sino también nos suscribíamos unilateralmente al cese de tensiones entre Cuba y Estados Unidos. Esta declaración de lealtad política me pareció un poco forzada, pero era tan fuerte el deseo de regresar a Cuba, de realizar el sueño, que hubiera sido capaz de cualquier cosa con tal de montarme en ese avión. Los esfuerzos de Lourdes y de Marifeli Pérez-Stable, miembro de nuestra generación y especialista en ciencias políticas, se canalizaron a través de *Areíto*, revista que durante los años '70 ensayaba una visión alternativa del fenómeno cubano basada fundamentalmente en las premisas analíticas de las ciencias sociales norteamericanas. Poco después de escribir nuestra delirante propuesta, los «tres tristes tigres» de Ithaca la tiramos al cesto de la basura para integrarnos plenamente al grupo *Areíto*, con sede en Nueva York, de donde surgió la posibilidad de viajar a Cuba con la Brigada Maceo.

En esa época, y bajo el liderazgo de Lourdes, escribimos las historias comunes del desarraigo en las páginas de *Contra viento y marea* (1978), libro

que ganó el Premio Testimonio en Casa de las Américas. Aunque el libro proponía ser una memoria colectiva, los fragmentos de vidas individuales tan dolorosamente labrados se redujeron, en el texto final, a una corrosiva crítica de Estados Unidos y del susodicho *American way of life*. El mismo exceso de sobreideologizar nuestra experiencia generacional se palpa en *55 hermanos*, la película que dirigió Jesús Díaz para grabar las emociones y experiencias del primer viaje de la BAM. A pesar de lo acertado del título, también se pudiera haber llamado *Los doce apóstoles*, pues aparecieron en la película o bien las voces más abiertamente militantes, o sea, las más apegadas a la posición cubana, o bien las que expresaban mayor resentimiento contra Estados Unidos. En honor a Díaz, debe decirse que tuvo la valentía de incluir en la película el cuadro elocuente de un brigadista rebelde, cuyo pelo largo y gesto lacónico indicaba que era, quizás, el único de los 55 que no se «tragó» la versión oficial de las cosas con que desayunamos, comimos y cenamos durante ese memorable mes en Cuba.²

Escasos tres años después, cuando el éxodo del Mariel de 1980, la mayoría de nosotros, ex-dialogueros y ex-brigadistas, ya nos habíamos convertido en otra cosa, puesto que las alas de la mariposa eran demasiado frágiles para sobrevolar por encima del drama de miles y miles de cubanos que cada día se escapaban por el mar. Mariel marcó a nuestra generación de manera rápida y definitiva. Ya no podíamos fácilmente enarbolar la bandera, ni repetir las mismas consignas; fue en ese momento que muchos de nosotros abandonamos nuestro compromiso con la Brigada y/o con *Areíto*.³ Pues Mariel cifró un agotamiento, el fracaso de un ideal: el cúmulo de obras, cambios, fervor nacionalista y atrevimiento histórico que habíamos designado bajo el utópico rubro de «Revolución cubana.»

Después de Mariel, no quedaba ya ni el consuelo de un nombre, ni tampoco la fe (martiana) en la historia que había sostenido esos viajes de luz a nuestra tierra. ¿Quiénes éramos ahora? ¿Disidentes, como los opositores pujando dentro de la isla? ¿U otra categoría impensable, indefinible, aún por venir? Lo único cierto es que lo que se vislumbraba en ese entonces como tercera opción –la mayoría éramos críticos del régimen fidelista pero no por eso partidarios de la intransigencia miamense– era producto tanto de nuestra vivencia fuera de Cuba como de los momentos que se nos permitió vivir dentro de ella. Al cabo de los años, y especialmente después del fusilamiento del General Arnaldo Ochoa y la persecución de María Elena Cruz Varela y otros disidentes, muchos miembros de nuestra generación, antes «liberales a la violeta,» nos encontramos, no sin culpa por abandonar «la causa,» más cerca de la

² DÍAZ, escritor cubano ahora exiliado en Madrid, dejó también constancia de las experiencias de la Brigada en su libro de testimonio, *De la patria y del exilio* (1979).

³ Román de la Campa así lo expresa: «La decisión de romper filas con ese grupo de jóvenes intelectuales ‘fuera de Cuba y del exilio’ [...] no fue fácil, pero casi se impuso a sí misma después de la invasión soviética de Afganistán, y el éxodo del Mariel.» En «Memorias de un dialoguero,» *London Lane Magazine*, 9: 4 (octubre-diciembre 1990), 29.

posición miamense que de otra cosa. A través de mi amigo Sergio López Miró supe que esto tenía un nombre: la posición «dura» se podría definir como «opción cero»: no a la negociación con el gobierno fidelista, sí a una transición pacífica y democrática que tome en cuenta el verdadero sentir del pueblo cubano, entendido como los de «allá» y los de «acá.» Ésta es la crónica de ese tránsito, de la lenta y profunda evolución de «mariposa» al sepulcro introspectivo del exiliado, a la marginalidad tejida como capullo protectorio del disidente exterior.

El primer hito en esta transformación lo constituyó el Diálogo mismo. Entre los 75 que integramos el primer Diálogo se encontraban ex-asaltantes de la Bahía de Cochinos, madres de prisioneros, hombres de negocio, profesores y líderes intelectuales del exilio, junto con nosotros, el pequeño puñado de Brigadistas ilusos. Pero el Diálogo no fue sólo una actividad diplomática; al contrario, nos sirvió para enfrentarnos con una realidad a la que nuestros ojos de «mariposas» se habían mantenido cómodamente ciegos: la existencia de una fuerte oposición interna al gobierno de Castro, aún dentro de las capas populares. Si durante el día nos sentábamos a escuchar las interminables negociaciones, a la caída de la noche nos esperaban en el lobby del Hotel Riviera una masa intranquila de desesperados, que acosaban a los dialogueros con el propósito de encontrar a alguien que les ayudara a tramitar su salida de Cuba. A mí me tocaron dos campesinas, una blanca y la otra mulata (después sospeché que las dos eran lesbianas), que insistían en que yo les ayudara a tramitarles la salida. Aún ingenua y «militante,» traté de convencerlas a no abandonar la isla; inclusive les advertí de los peligros que con seguridad les esperarían en Estados Unidos y les exhorté a quedarse y «vivir la revolución.» Había aprendido bien mi lección, repitiendo el «teque» o alto tono moralizante de la retórica oficial.⁴ Cuál no fue mi sorpresa cuando ambas gritaron a la vez que no querían quedarse ni un minuto más en «este infierno rojo» (textual).

Otra noche, me valí de un amigo periodista, Jorge Dávila, antes reportero para la Brigada en Cuba y ahora corresponsal de *El Nuevo Herald*, para hacer una visita furtiva al escondido escritor Reinaldo Arenas. Como estaba en Cuba por motivos oficiales, no me atreví a revelar mi verdadera identidad; al contrario, me disfracé de inocua estudiante puertorriqueña que cursaba Letras en la UNAM, y así pude escuchar de boca de Reinaldo cuentos fantásticos que parecían brotar de un manantial interminable de fábulas. Nada me dijo acerca de sus padecimientos con la política oficial, pero la barbacoa que había tenido que construir en un edificio destartado del barrio viejo de La Habana era prueba suficiente.

Aún a pesar de estos claros indicios de que el apoyo popular a la revolución no era ni tan uniforme ni tan unilateral como lo propagaban los organismos oficiales, seguía con mi tarea asignada de estrechar los dos lados de la isla. Junto con otros miembros de la Brigada e integrantes del Diálogo, se nos

⁴ El vocablo «teque» se refiere a los discursos altisonantes de militantes u oficiales comunistas.

encargó –ya no sabría decir por quién– acompañar al primer vuelo de ex-presos políticos liberados como consecuencia del Diálogo. Salimos de La Habana temprana la noche en un avión jet y al aterrizar poco después en Miami, los pasajeros, ex-presos todos, gritaron en júbilo instantáneo. En Miami nos esperaba una comitiva de cubanos supuestos simpatizantes del Diálogo, pero noté que los líderes más vociferantes del exilio –como Bernardo Benes– tenían sus propios chóferes que los escoltaban fuera de la turbamulta miamense. Los acontecimientos se siguieron unos a otros sin mucha conexión o sentido. No entendí por qué se nos llevó al Miami Arena para celebrar la llegada de los presos. Tampoco me cupo en la mente cómo fue que partimos de regreso hacia La Habana en altas horas de la noche, sin apenas haber probado bocado (excepto Bernardo Benes, cuya señora le sirvió una tremenda comida criolla en su casa, parada intermedia antes de partir). Ahí estábamos, diez o doce embajadores ingenuos montados en una estrecha avioneta en el aeropuerto de Opa-Locka, en una espera interminable para volar de vuelta hacia La Habana. El piloto, un toco americano (¿financiado por quién?, nunca lo supe) nos explicó que había interferencia con la señal aérea requerida para emprender vuelo de nuevo. Algunos de los más políticamente sagaces –Francisco Aruca, entre otros, y María Cristina Herrera– interpretaron esto como una posible represalia contra nosotros por parte de los sectores más intransigentes de Miami. Por primera vez la «mariposa» temió por su vida.

Tampoco tuvimos la debida protección una vez de regreso a La Habana, antes del amanecer. A pesar del cansancio y la aventura nocturna, se nos apareció en el hotel y a esa hora inoportuna un oficial del ICAP, a quien yo había conocido como inocente anfitrión pero que de repente se convertía en insistente acosador. Éste me preguntó acerca de la llegada de los prisioneros y la recepción en Miami, primera señal de que había «gato encerrado» en todo este asunto del Diálogo. En fin, me sentí utilizada por fuerzas mayores a mi voluntad y que yo no acababa de entender. Irónico el hecho de que, en Estados Unidos, los dialogueros estábamos en la lista negra del Alpha 66 para ser aniquilados por alta traición, como lo fueron Eulalio Negrín en New Jersey y el co-Brigadista Carlos Muñoz Varela en Puerto Rico. Irónico también el hecho de que en vez de permitirse libre tránsito a parientes en Cuba, se crearon los famosos viajes relámpagos de una semana para visitar a familiares en la isla, parodia evidente de la soñada «reunificación familiar» prescrita en el Diálogo.

Aunque compartía con los otros integrantes de la Brigada el haber salido de Cuba poco antes o después de 1961, era la única del grupo *Areíto* ubicada en México, maravilloso país donde por primera vez me identificaron como cubana. Durante mis años en México, mantuve vivo el sueño del regreso como estrategia de sobrevivencia. Mientras tanto, vivía suspendida entre Cuba y México a la manera de un personaje cortazariano, tambaleando en una cuerda floja que medía la distancia entre Cuba y Estados Unidos. En ese tiempo sin tiempo, me mantuve creyente y leal a todo lo que emanara de Cuba o de su pedacito de isla en tierra alta –la enorme mole de la Embajada Cubana en la Avenida Masaryk, Colonia Polanco– edificio rodeado de lujosas boutiques y de

casonas tipo español que me recordaban las mansiones someras de Miramar («burguesas,» sería el adjetivo *granmesco*). En mis años de mariposear en torno a la embajada, seguía fielmente las indicaciones de los burócratas de turno, a quienes, en su tosca cubanidad, veía como los únicos enlaces concretos con la isla. Los oficiales de la embajada nos invitaban a suntuosas fiestas *cocktail* atendidas por mestizas sumisas, donde se reunía, dependiendo de la función, o bien el resto de la comunidad cubana «progresista» o bien la alta intelectualidad izquierdista congregada en México. Ahí aprendí que las señoras de los burócratas cubanos se negaban a educar a sus hijos junto con los niños de sus criadas mexicanas, ya que esto, repetían con severísima rectitud, los iba, sin dudas, a «deformar.» Esta evidente contradicción con los principios de la sociedad socialista y, más aún, con el parangón de virtud que era la educación en Cuba me estremeció, pero era tal mi ansia de orígenes que callé las primeras dudas que empezaron a surgir en mi proceso de acercamiento a Cuba. Me era demasiado importante sostener el privilegio (ya que no era un derecho) de viajar a Cuba. Los burócratas tenían el poder y de ellos dependía el hilo tenue, el delgado puente, que nos unía a Cuba: la anhelada visa. Cada vez que la comunidad (de tendencia pro-castrista) de cubanos en México tenía ocasión de viajar a Cuba, se congregaba en los pasillos de la embajada en ansiosa espera, todos cuchicheando y aguardando el anuncio de la visa, sin la cual no se podía entrar a Cuba.

La víspera del XI Festival de la Juventud y de los Estudiantes, celebrado en verano de 1979, provocó una escena como éstas. El burócrata de turno –un hijo de guajiro bajito y regordete, tabaco siempre en boca– les había prometido a todas las amas de casa cubanas, esposas de mexicanos, que iban a presenciar la gala y fanfarria del Festival en la mera Habana –este premio, claro, a cambio del trabajo infatigable de las «compañeras» para promover la causa cubana en México con rifas, comidas y otras funciones. Buenas criollas todas, ellas soñaban con brindarles a sus hijos– pequeños mexicanitos ya –una experiencia cumbre de la patria socialista, la isla entera convertida en un albergue de estudiantes entusiastas, puño en alto para un futuro mejor. La tarde anterior al comienzo del Festival aún no había visa para nadie: ¿llegará o no llegará del Alto Comando de La Habana? Nadie lo sabía, y lo único cierto era la espera interminable entre los muros de la embajada, cubiertos de evocaciones tropicales –las pinturas del entonces agregado cultural, Fayad Jamís, y los lienzos azules de Portocarrero. La ansiedad crecía conforme se acercaban las ocho de la noche, hora que marcaba el fin de la jornada laboral y, por ese motivo, también la esperanza de obtener la visa. Por fin, pocos minutos antes de que se cerrase la embajada, apareció sonriente el pequeño burócrata, papel en alto, llamando a cada quien por su nombre para sellarle en el pasaporte la estampa de entrada a su propio país: privilegio espurio del exiliado. Hecho héroe por un día, el burócrata sonreía complacido al tener a su greña de feligreses bajo control, mientras que las cubanas corrían a sus casas de las colonias del Valle, Mixcoác y San Ángel a empacar maletas y preparar muchachos para el viaje de mañana. Yo regresaba a mi departamento de la Plaza

Conchita, contenta de haber sido asignada a cumplir aún otra Gran Misión para la Patria.

Pues la embajada, que generosamente me pagó el viaje a La Habana, me designó delegada al XI Festival, honor acordado no sólo por mi participación en el primer contingente, sino también por haber ayudado a fundar la sucursal mexicana de la BAM. De más está decir que esta elección cayó muy mal entre las cubano-mexicanas, pues ellas me veían como intrusa en la comunidad cubana en México; era una recién llegada, contaminada por mis largos años en Estados Unidos y por lo tanto sospechosamente gringa. Con mi «pecado original» a cuestas, viajé a Cuba de todas maneras, llena de ilusión y de alegría, para el XI Festival, verdadera orgía de hombres nuevos y viejos, de juventud desatada por la política a dar rienda suelta a sus instintos más vitales.

REGRESOS Y ROMANCES

El corazón se me oprime, hija mía, al pensar que vengo aquí como una extranjera. La nueva generación que voy a encontrar no me reconocerá a mí, y a una gran parte de la generación anterior acaso yo no la reconoceré!

CONDESA DE MERLÍN, *Viaje a La Habana* (1844)

Junio 1980. Estábamos en La Habana para un muy formal «Encuentro sobre Literatura y Crítica Literaria en la Cuba Contemporánea,» título que se le dio a los esfuerzos combinados del Círculo de Cultura Cubana de Nueva York y del Ministerio de Cultura de Cuba. Representando al primer lado, estaba Marifeli Pérez Stable; al segundo, Alfredo Guevara, temible jefe del Instituto de Cine y avatar menor de Armando Hart, Ministro de Cultura. Más que ningún otro, este viaje iba a significar nuestro verdadero regreso, el más memorable y definitivo: la llegada intelectual, o, en términos lezamianos, «el arribo a la plenitud del espíritu.» Nos reunimos en la sede del ICAIC una semana entera para discutir acaloradamente en torno a la literatura cubana. En un momento dado, Guevara fulminó contra Román de la Campa por no adherirse estrictamente a la metodología marxista; en otro, lanzó contra mí un severo ataque por haberme atrevido a juntar en un mismo ensayo a escritores de adentro y de fuera de la isla. La verdadera razón de su diatriba sexista se debía al hecho de que mi trabajo sobre la novelística de la revolución representaba un reto a la política cultural, ya que no sólo había tenido la osadía de concebir a la cultura cubana como un todo, sino, peor aún, había nombrado y reconocido a escritores exiliados (como Arenas y Cabrera Infante) que eran ya anatema dentro de Cuba. No sólo estábamos ahí miembros de una generación a destiempo, sino que nunca hubo oportunidad de sentarnos cara a cara

con los escritores y críticos cubanos, tal era el control y la vigilancia de los silencios oficiales del ICAP, quienes grabaron asiduamente cada una de las sesiones. Frustrados por la incomunicación, un día exigimos que los escritores cubanos almorzaran con nosotros –todo parecía marchar bien, hasta que llegamos a la puerta del Hotel Nacional. De repente, y sin previo aviso, ¡los escritores cubanos desfilaron hacia un restorán del hotel y nosotros a otro! Nunca se produjo, por lo tanto, la anhelada comunión con nuestros pares en la isla; el *potens* histórico se frustró de nuevo, y nunca llegamos a saber qué pensaban, realmente, los escritores de Cuba.

Quizás más importante que lo que ocurría en el encuentro fueron los acontecimientos en la calle. Por donde quiera que iba, me topaba con las huellas del Mariel (suceso por otra parte silenciado en la tertulia literaria). Casas pintarrajeadas en rojo con lemas alentadores –«¡Que se vaya la escoria! ¡Que se vayan!» o personalizados: «¡Aquí vivía Juanita Pérez, traidora a la revolución!»– eran símbolos vivos de la violencia desatada contra los que se atrevieron a emigrar poco tiempo atrás. A nuestras preguntas insistentes acerca de los famosos actos de repudio, los oficiales del ICAP se limitaban a la somera explicación de que los había cometido «el pueblo»: «El pueblo, fueron acciones espontáneas por parte del pueblo,» insistían, y ya no cabía mayor discusión. Una tarde, caminando por el Vedado junto con Reynaldo González y Miguelito Barnet, me atreví a sacar una foto de estas casas ultrajadas, pero, cuando volví, descubrí que andaba sola, pues ¡mis amigos se habían esfumado!⁵

Nueve años tuve que esperar para volver a Cuba de nuevo. Una vez de regreso a los Estados Unidos en 1985, se me hizo prácticamente imposible viajar a Cuba. Desvinculada como estaba desde mis últimos años en México de organizaciones del exilio simpatizantes con el régimen, cuya membresía activa era requisito indispensable para poner pie en Cuba, me había convertido en una paria política, tristemente «sin patria pero sin amo.» Por fin, en 1988 solicité la visa para viajar a Cuba como investigadora, que fue concedida gracias al respaldo oficial de Roberto Fernández Retamar. Esto me permitió estar en Cuba durante el fatídico verano de 1989, en pleno juicio de Arnaldo Ochoa y los hermanos de la Guardia, que fueron acusados de narcotraficantes. Durante el día, trabajaba asiduamente en los archivos de la Biblioteca Nacional; por la noche, me retiraba al hotel para ver los juicios televisados del caso Ochoa. La alucinante arbitrariedad del juicio, los arrebatos acusatorios del fiscal y la débil, timorata defensa del abogado defensor, me crearon un pavor sin límites. Uno de mis pocos escapes era salir al Malecón acompañada de las negras lavanderas del hotel, quienes se habían hecho mis amigas en espera de recibir algún regalito de las tiendas diplomáticas. Después de fusilado Ochoa, una de

⁵ Con Miguel Barnet me había reencontrado sorpresivamente durante el primer viaje de la BAM en la sede de la UNEAC. Recordamos la convivencia familiar que nos unía desde la niñez, pues sus primas, Tere y Cary, ahora perdidas entre las brumas de New Jersey, y yo, habíamos crecido juntas; extraña familiaridad que no sobrevivió la prueba del tiempo.

ellas sostuvo con vehemencia que «Ochoa no ha muerto, no, él está vivo, él vive aún.» Esta fe instintiva me recordó la escena de *El reino de este mundo* cuando los esclavos rebeldes gritan «*Mackandal sauvè!*» aún después de presenciar a su héroe escarmentado en la horca.

Ese verano triste, comprobé que Fidel nos había devuelto al tiempo de la colonia: novísimo Capitán-General, él imponía su voluntad de hierro a toda la nación y trataba inútilmente de recuperar una economía rota con hoteles de lujo financiados por capital español. Como tan elocuentemente lo expresó Jesús Díaz en su artículo «Cuba: los anillos de la serpiente»

los logros emblemáticos de la revolución están en peligro. Los niveles de alimentación descienden día a día, la calidad de la salud pública se ha requebrajado debido a la falta de medicamentos, el empleo pleno pronto será sustituido por el desempleo pleno; resulta cínico hablar de la dignidad de los ciudadanos de un país que ha establecido una suerte de *apartheid* entre sus nacionales –verdaderos ciudadanos de segunda– y los turistas.⁶

Frente a tanta miseria, decidí renunciar para siempre al dudoso privilegio de viajar a Cuba como «hija pródiga y turista política», términos con los cuales Román de la Campa calificó la manera un tanto estereotipada en que se interpretaron, desde Cuba, nuestras experiencias en tierra cubana durante los años '70.⁷ Ese verano, desfilé con mi panza de embarazada frente al monumento a Martí para brindar homenaje al cuerpo tendido de Nicolás Guillén. En ese momento, me sentí más cubana que nunca, una más del pueblo, quien llevaba horas formado en fila bajo lluvia y sol en velada perpetua al poeta nacional.

Desde ese momento no he vuelto a Cuba. La «mariposa» había volado lejos. Pero el cambio y la renuncia no se hizo sin dolor, ni tampoco sin resquemores por verme extrañamente metamorfoseada en nueva especie de «gusana.» Una cosa era ser opositor silencioso, temeroso de represalias tanto de uno como de otro bando, y otra cosa era hablar, tomar la pluma, declararse públicamente en contra del régimen de Fidel Castro. En octubre de 1992, cuando Roberto Fernández Retamar fue invitado a la Universidad de Iowa para dictar la conferencia inaugural en un congreso de celebración del Quinto Centenario, sentí que ya no podía callarme más. Escribí una carta abierta invitando a Retamar a un diálogo sobre la situación actual de Cuba, en la cual mencionaba, entre otras cosas, la represión de los disidentes y el caso específico de María Elena Cruz Varela. Terminé la carta uniéndome al llamado de los profesores de instituto y de universidad en Cuba, que en una declaración dirigida a Fidel Castro en 1991, exigían la apertura política, la democratización del país, y la restitución de la autonomía universitaria, abogando también por la unión de todos los

⁶ *El País* (12 marzo 1992), 11.

⁷ De la Campa, «Memorias», 29.

cubanos dentro de un amplio proceso de reconciliación nacional.⁸ En La Habana, este acto les valió a los profesores la expulsión de sus respectivos recintos académicos; en Iowa City, me costó no solamente el rechazo de mis colegas izquierdistas, sino el repudio de Retamar, quien me acusó de pertenecer al Alpha 66 y además, de haberme «unido al carro de nuestros enemigos.»

Todo parece indicar que el Diálogo –con *d* minúscula y mayúscula– ha terminado. Los puentes están rotos, al menos por un buen tiempo. El drama cotidiano de cubanos que se lanzan desesperados hacia el mar en busca de una efímera libertad cancela, desde un punto de vista ético, cualquier posibilidad de diálogo. La renuncia a un viaje de paseo político, académico o turístico por Cuba se afina en lo que tan prístinamente exhortó María Elena Cruz Varela: «*Cubano, no ayudes a legitimar con tu presencia la barbarie...*»⁹ Al menos hasta el día en que a todos se nos devuelva nuestro más sagrado derecho de vivir en una nueva patria.

CODA: LA MARIPOSA LEVANTA VUELO

Poco me duró este propósito. A pesar de todo, regresé. A pesar de tantos años de ausencia, no puedo vivir sin Cuba. Regresé, no como popularmente se dice «con la cola entre las patas», sino con dignidad. Después de tantos inviernos, de tantos fríos consumados, de tanto tiempo, quise volver. Al recibir una circular de Casa de las Américas, que anunciaba un congreso sobre la mujer en el siglo XIX, a celebrarse en febrero de 1996, supe que ése era mi momento, se abría quizás una nueva oportunidad. El coloquio prometía un tour a «los espacios habaneros de la Condesa de Merlín», incluyendo una visita a la casa de los condes de Jaruco en las afueras de La Habana. En 1989, había emprendido el mismo viaje junto con mi primo Erick, que nos llevó también a una búsqueda frustrada de las famosas esculturas en piedra de Ana Mendieta por las Escaleras de Jaruco. Estaba a punto de terminar mi libro sobre la Condesa, que me había demorado casi once años escribir. Toda mi alma volcada en ese libro. Era mi momento. ¿Cómo no estar ahí, entre los míos? Los míos que ya no eran, no son míos. ¿Cómo no testimoniar con mi presencia, no sólo la ausencia visible de nuestra gran antepasada, musa que había guiado mis pasos por tanto tiempo, sino la de todas nosotras, las mujeres cubanas, que vivimos acá? Mi amiga Lourdes Gil había llenado el hueco de esa ausencia con un hermoso ensayo, «Tierra sin nosotras», que leyó en el congreso «Pensando a Cuba en femenino» organizado por el Instituto de Estudios Cubanos de Miami durante julio de 1995. Más que un ensayo, el texto de Lourdes es un conjuro ritual sobre nuestra larga ausencia, la «isla en peso» desde el otro lado de la barrera biológica (*gender divide*): nuestra común experiencia como mujeres,

⁸ «Queremos una Cuba donde creyente y ateo, comunista y no comunista, exiliados y los aquí presentes, se respeten mutuamente y trabajen conjuntamente para el desarrollo de la nación cubana.» Declaración de Profesores Universitarios, La Habana, 1991.

⁹ «Alocución por la Dignidad Nacional,» citado en Jorge Dávila Miguel, «El ángel agotado,» *El Nuevo Herald* (28 de mayo 1993), 10A.

como mujeres desterradas, cuyo íntimo ser ha sido «desasido de su centro.»¹⁰ El centro que siempre buscó Ana Mendieta en el cuerpo, la escultura en la tierra que traté desesperadamente de encontrar, un día de sol y espanto, entre el terreno escarbado de Jaruco.

Entonces, tenía que ir, tenía que estar ahí, a pesar de todo. ¿Quién hablaría por mí? Se me ocurrió conjurar a las dos precursoras, a las dos grandes ausentes, Madame Merlin y Gertrudis, en un coro único de voces. El ensayo en sí también era repetido, pues lo había leído en el mismo encuentro «Pensando a Cuba en femenino» celebrado en Miami el verano anterior. A pesar de lo ocurrido con Retamar, pensé que si me aceptaban el trabajo, eso quería decir que me podían aceptar, aún tentativamente, aún a pesar de las diferencias. Arrancadas del origen, siempre nos queda la necesidad de aceptación, cerrar la herida. Para mí, se trataba de un gesto de reconciliación, como para decir: «sigo pensando igual, pero hay algo más grande que todos nosotros, y que, inevitablemente, nos une: la cultura cubana.» Merlin y nuestras otras antepasadas son más grandes que los vientos y las aguas que nos separan.

Hubiera querido decirles (¿A quién? ¿Al sonriente y obediente funcionario de Casa de las Américas quien me ayudó a tramitar la visa, ya que en el aeropuerto por nada me deportan de vuelta a Canadá por no tener el permiso de entrada requerido para que los cubano-americanos entren a Cuba? ¿A Retamar mismo? A quien traté de explicar el porqué me atreví a escribirle esa carta abierta en ocasión de su visita a Iowa, y de quien sólo recibí una enigmática sonrisa), pero no pude decir nada. Simplemente no pude decir nada, pues ya no era uno de ellos; la distancia había sido marcada, la barrera impuesta.

La tarde de paseo a la casa de los condes de Jaruco me senté en la guagua al lado de Luisa Campuzano, la organizadora del evento, y le comenté mis impresiones cuando una argentina, proveniente de una remota provincia, se atrevió a sugerir durante el encuentro que los cubanos de afuera «no eran verdaderamente cubanos.» Campuzano me replicó que la ponente, una cubana de la isla, también se había dado por aludida. Entonces, pensé, estamos en las mismas, sólo que desde diferentes laderas. Pero no podía ser lo mismo, pues ahí estaba, en mi patria, pero sin ningún derecho, una visitante más. ¿Otro muro inquebrantable? Respiré la brisa que soplaba del mar, me refugié en la vista de las elegantes palmas, y pensé cuán diferente hubiera sido mi vida si hubiera podido cumplir el imposible sueño del regreso, el espectro que siempre roe mis entrañas.

Pronto descendimos frente al Convento de Santa Clara. Estaba casi idéntico a la descripción que hace Reinaldo Arenas en *El color del verano*, o, quizás, esa escena ya había determinado mi mirada. En todo caso, quedé pasmada ante la amplitud de la sala, totalmente vacía de muebles (el guía explicó que alguien se había llevado los pesados muebles coloniales labrados en madera,

¹⁰ LOURDES GIL, «Tierra sin nosotras,» *Encuentro* 8/9, p. 166.

lo cual despertó la imagen del frenético robo narrado por Arenas en su novela). Frente a frente al famoso portón desde el cual la joven Mercedes se escapó del convento, casi sentí su presencia, una leve ala me tocaba desde la eternidad. Afuera, la antigua residencia de los condes de Jaruco («los espacios habaneros de la Condesa de Merlín») quedó insepulta en medio de la plaza atrincherada en pleno proceso de restauración o demolición, lo cual imposibilitó la entrada a la Casona. Montar a la guagua de nuevo entre los gestos de niños —¿hambrientos? ¿fugaces?—, cuyas caras no reflejaban ya la frescura de la niñez, ni tampoco la sonrisa del bienestar, sino un tímido movimiento, casi una paradoja instintiva, de querer acercarse a esas bienvestidas señoras y al mismo tiempo no poder (quizás ya se habían enterado los niños de que se trataba de un grupo de feministas). Seguimos, pues, los pasos perdidos de la Condesa en un pequeño pueblo circundante (que no era, como había pensado, el mismo que había visitado con mi primo).

En ese pueblo, nos llevaron a una iglesia en ruinas: el cura se encontraba en esos precisos momentos en Miami, así que se nos pedía deambular por la nave central de la iglesia ya que el altar estaba a punto de caerse. En una capilla olvidada, me encontré con la imagen de la Virgen de las Mercedes que parecía sonreírme desde su altar. Durante el brindis de bienvenida en honor a los participantes que se ofreció dentro de los portones del pueblo, la misma insulsa argentina puso en entredicho el hecho de ser «realmente cubana,» y siguió atropellando al guía con preguntas indiscretas. Tomé un trago del delicioso ron ámbar, cuyo ardor me ayudó a solventar las lágrimas. El guía me devolvió una mirada que parecía indicar que él, al menos, había entendido, pero puede que me haya equivocado, pues tampoco dijo nada. Nadie era capaz de decir nada.

Me despedí de la isla no sé cómo. Todo tan familiar, tan ajeno, como si una estuviera en otro mundo. Todo tan imposible, tan prohibido, en la ciudad de una. Al cruzar de nuevo los pasillos del aeropuerto José Martí, pensé que quizás los cubanos de allá tienen, después de todo, la mejor partida. Hemos cambiado el confort material por el cariño.

Nos tocó vivir en otro tiempo, en otro lugar. No obstante, pertenecemos. Ha llegado la hora del recuento. El «son» de la loma ya empieza a tocar. Se habla de democracia y transición en importantes congresos internacionales, en los que yo nunca he participado. No tengo una predicción o conjuro político; ya todo ha terminado. Además, hace doce años que vivo en Iowa, entre cañaverales de maíz, casi mimetizada en la nieve. Aquí no hay cubanos, y los pocos que hay, parece que se han olvidado. Quizás por eso tampoco me he ganado una beca Rockefeller, para tener, al menos, la dicha de pasar una temporada en Miami, entre mi gente, oír los ritmos y probar los sabores, insertarme aunque sea un instante en el flujo y reflujo de la cubanidad. Estoy lejos, y seguiré estando lejos. La mariposa ha levantado vuelo, quizás para siempre, quizás por ahora. Desde la altura, ¿se ve el porvenir? ¿Se abrirá el sendero, se tenderá el puente? Puente que para serlo tiene que ser transitado por ambas partes, de uno y otro lado, un ir y venir. Libre, como la mariposa. Vuelan las mariposas, y, algún día, se dará el abrazo.